

**Escribe
Filebo**

**"MAÑANA CANTA GARDEL" Y
"LA PRADERA ORTOPÉDICA"**

¡Hace falta de nuevo una literatura de simples huellas dactilares? En virtud de "los talleres literarios, a cargo casi siempre de maestros" (Donoso, Lafourcade, Arteche, entre otros), aumenta de manera contagiosa el número de los que cultivan con veterana imposible el difícil arte de la escritura. ¿Qué está pasando? Ha desaparecido la gracia inocente del antiguo escritor joven que trastabillaba, que tarajeteaba, que incurvaba en el círculo, no del todo despojado de cierta belleza de la página, defectuosa junto al halago del dibujo, tenua, impura, o de la máscara surgida en el relleno de la impresión arrastrada.

Ahora todos, salvo casos excepcionales, escriben bien. De acuerdo con el tono y el código de la época, resultan inmunes al reproche. ¿De qué sirve de este modo la inscripción crítica? ¡Sólo para batir palmas! De la extensión arbitaria, avasallante, de la cibicidad de monólogo interior, Norman Podhoretz acusa al infatigable William Faulkner, que tocó en las visceras a nuestra Generación del 50. Tanto Lafourcade como José Donoso la representaron. Desde entonces no cesan de retransmitir las lecciones de Faulkner en su magisterio. Como se sabe, Faulkner escribía literalmente "a medio filo", con una botella de whisky en el cuerpo. De ahí el sentido confuso e intencioso, a veces ininteligible, de algunos de sus textos más copiosos. Frutos característicos de esta edad tabúan en el oficio de escribir. Sergio Navarro (n. en Valparaíso, 1943) y Roberto Rivera Vicencio (n. en Santiago, 1950) practican incursiones tumultuosas, densas, según la predisposición del tiempo, a través de los meandros no ya de la conciencia de individuos, como hacían Tolstoi y Dostoevsky, sino de los laberintos del lenguaje. "Mañana canta Gardel" ha titulado su novela de 286 páginas (Las Ediciones del Ornitorrínco). Sergio Navarro, realizador cinematográfico, egresado de la Escuela de Artes de la Comunicación de la Universidad Católica. La vena del estilo de Navarro fija su origen en las tentativas de la "novela negra" y del cine de Raymond Chandler, según observa su escolástico y coetáneo Alfredo Calderón. Más allá de la "novela negra" y del cine policial, sin embargo, se combina la fría, tan a veces pálida, pero Faulkner en "Sanctuario". Sergio Navarro no sale a contar una historia determinada, da acuerdo con los hitos más o menos previsibles del relato clásico. Absolido, como ya es costumbre, el narrador minucioso de los días estelares del género, el lector deja su categoría de tal para transformarse en cómplice de situaciones variadas y complejas del lenguaje, inserto en el discurrir de existencias pasionalmente torcidas, aunque en ocasiones, de entidad minima.

Convertido en "voynierista", con su voluntad o sin su voluntad, el lector no advina bien, como tampoco parece adivinarlo el autor —de aquí su triunfal protagonismo—, el cauce que en su vida han de adquirir los sucesos. En Roberto Rivera Vicencio, cuyo tema de cuentos "La Pradera Ortopédica" (Ediciones Cerro Huéden) transita una revelación en el despliegue de recursos técnicos: se observa, al igual que en Navarro, el trabajo minucioso no tanto del contador de historias, como del fabulador de instantes capiciales de la lengua, impriemana favorablemente la factura atrevida, audaz, de estos libros iniciales. "La Pradera Ortopédica" de hecho no existe. Ningún relato se digna de esta forma. En cambio, las secuencias en que el volumen se ha fragmentado ponen de relieve el pulso de un fabulista que ha entrado con el pie derecho en los secretos del oficio. Sin olvidar que, aparte el Taller de José Douso, el argentino Osvaldo Soriano muestra aquí su bueña. "La Pradera Ortopédica" propone, curiosamente, algo que hasta ahora no había visto nadie: inconfundible la idea de una lectura común para chilenos y argentinos. El influjo ejercido por Borges fue siempre de corto cuerpillo. Hoy se percibe en el pliego de los "mannierismos" locales una integración creciente. La obra de Rivera, en la que se aprecian narraciones de admirable penetración en los hábitos de una juventud internacionalizada en sus débitos y en sus haberes colectivos como "Frigide Argumental" y "El ya no está con ellos", plantea el inevitable arribo de otro tiempo histórico para la alegría deluento.

El escritor Hernán Cáfatas Flores, actualmente dedicado de salud, nos ha solicitado la publicación en este espacio de un testimonio de homenaje al octogésimo aniversario del nacimiento de Gonzalo Drago. Se lo ofrecemos con sumo afecto:

GONZALO DRAGO Y SUS 80 AÑOS

En San Fernando, de Chile al centro nació Gonzalo Drago.
Fecha anotada: 31 de diciembre de mil novecientos seis. Otra
más singular ¿dónde encontrarla?
Poesías, novelas, hermosas cuentos cultivados como el trigo o
la cebada, como el labriegio fiel planió granados de dulces frutas
y flora corazon.

Con Gonzalo se saborea la amistad: sandalias púrpuras abrieron
por milata. Palpitó su corazón a flor de piel, pupilas iluminadas
de bondad, y fue que a los 80 sigue igual. ¡Gonzalo es digno de
una caja de pie!

Diciembre de 1986
Hernán Cáfatas

Muy buenas mañanas. Sipr. 21-XII-1986. P. 3/

Escribe Filebo [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1986

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Escribe Filebo [artículo] Filebo.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile